

CUANDO CRISTO ES LA LUZ

“¿En qué piensas Tú, muerto, Cristo mío?
¿Por qué ese velo de cerrada noche
de tu abundosa cabellera negra
de nazareno cae sobre tu frente?
Miras dentro de Ti, donde está el reino
de Dios; dentro de Ti, donde alborea
el sol eterno de las almas vivas”.

Así comienza ‘El Cristo de Velázquez’, de don Miguel de Unamuno. Seguramente uno de los más bellos poemas en español dedicados a la figura Cristo crucificado. Una de las piezas literarias más poéticas, más emocionantes y más contundentes de la Generación española del 98. Un ejemplo vivo de esa necesidad de llegar a Dios por el sentimiento que dejó impresa en sus escritos el autor de ‘Niebla’.

“El sol eterno de las almas vivas”, nos dice Unamuno. La inmarcesible luz del alma en claro contraste con la oscuridad de la noche y el abandono que representa la “abundosa cabellera negra” del nazareno clavado en la cruz.

¡Qué semejantes y qué diferentes al mismo tiempo aquel ‘Cristo Crucificado’ pintado por Velázquez con la serena luz de Sevilla en los ojos y la sabiduría de los desnudos de Italia en las manos, de este otro ‘Cristo de la Luz’ de Gregorio Fernández, inscrito en el misterio que siempre llevan consigo quienes vienen del Noroeste, quebrado por el dolor de la más firme y tremenda escuela castellana!

Sin embargo, CUANDO CRISTO ES LA LUZ lo cierto es que la noche y la mañana se confunden. La oscuridad bien puede ser un paño de rendición y consuelo, un refugio cálido y oscuro donde los ojos descansan por fin de tantas cosas vistas. Y la luz un rayo que no cesa, una llama que consume y no da pena, la absoluta blancura de la nada, donde todo se resume y se sublima. “Mira, pues, que la luz que hay en ti no sea oscuridad”, nos dice enigmáticamente Lucas en el Evangelio. Y así el misterio de la crucifixión es el misterio de la transición de la vida a la muerte, de la muerte a la vida: de la luz a la luz.

CUANDO CRISTO ES LA LUZ, y los cofrades de esta devota Hermandad Universitaria lo saben muy bien, conviene mirar esta talla de Gregorio Fernández con la máxima intensidad del ser. Con ese hambre de Dios donde decía Unamuno que se encontraba la única vía posible del conocimiento de Dios. Desde todos y cada uno de sus perfiles, porque cada cual trae consigo su mensaje.

Hay que mirar a Cristo muy despaciosamente, con ojos de pintor o de escultor, con afán de penitente o de degustador del arte, con proporciones de teólogo o de anatomista, con rigor de místico o admiración de hombre de la calle, porque él habla con cada uno a su manera. Y hay que empezar mirándolo, yo diría como hizo por ejemplo el gran Antonio López cuando le dejaron, como a mí, con él a solas, pidiendo una escalera para subir al madero, para acercarse lo más posible al hombre crucificado: para cobrar, incluso, la visión volandera que sobre Cristo tuvieron en su día Juan de la Cruz o Salvador Dalí, en escorzo cenital como si fuera su mismo Padre el que lo estuviera mirando, con la misma perspectiva con la que miraba él, desde la Cruz, a la madre y al discípulo predilecto; a los torvos soldados que se jugaban a suertes su túnica...

Visto así nuestro Cristo desde lo alto, con los ojos del arte o los del cielo, lo primero que nos sobrecoge es la propia visión trágica de la cruz del martirio, la madera en cuyo frontispicio seguimos hoy leyendo la sentencia, dos mil años después, como entonces lo hicieron los que acudieron al ajusticiamiento del Calvario: INRI, Jesús Nazareno Rex Judeorum. El escarmiento del rey acusado de encabezar la rebelión de los justos. El escarnio del reino a manos del imperio. El aplastamiento de los que buscaban una nueva religión más cerca del hombre y, por eso mismo, también más cerca de Dios.

Y bajo el cartel de la sorna, la corona de espinas. Las agujas lacerantes que atraviesan la ceja y la oreja de Jesús: un detalle que marcará la tendencia de la iconografía escultórica de Cristo hasta mucho tiempo después. La farsa sangrante del oropel que ciñe “ese velo de cerrada noche” en que se ha convertido la abundosa cabellera del sacrificado.

CUANDO CRISTO ES LA LUZ, sin embargo, ni los clavos ni las espinas, ni la brutalidad ni la derrota, ni la sangre ni la burla de los carteles pueden ocultar la absoluta nitidez de su mensaje.

“Mientras la tierra sueña solitaria,
vela la blanca luna; vela el Hombre
desde su cruz, mientras los hombres sueñan;
vela el hombre sin sangre, el Hombre blanco
como la luna de la noche negra”.

Esto nos dice, de nuevo, don Miguel. Jesús vela los sueños de los hombres. Los verdugos vencieron, pero no convencieron. Crucificaron el cuerpo, pero no pudieron clavar en la madera la intangible materia de los sueños. Apagaron los ojos, pero no fueron capaces de contener su palabra ni de extinguir su luz, que ha seguido alumbrando el camino hasta nuestros días.

Exactamente tal y como lo anunciaba Juan en su Evangelio

“En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe. En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron”.

Porque la claridad siempre viene de arriba, como nos dejó escrito Claudio Rodríguez, CUANDO CRISTO ES LA LUZ se va haciendo necesario descender, como la luz, cuerpo abajo desde las alturas, en el afán de iluminar a los que esperan. Así lo dejó escrito también Mateo, cuando recordó las palabras de Jesús tras proclamar las bienaventuranzas:

“Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”

Desde su talla natural de algo más de 1,70 metros de estatura, este Cristo de la Luz al que hoy rendimos honores en las mismas puertas de la Semana Santa, es un hombre vencido por el sufrimiento que acaba de desplomarse sobre sí mismo. Todo el realismo expresionista del Barroco pesa sobre él, como un emblema de dolor y de incuria. Toda la tensión de su anatomía acaba de venirse abajo, rendida por el peso de la muerte, por más que el artista la quiera todavía mantener intacta, detenida en el tiempo, infinita en el minuto exacto del tránsito.

La cabeza de Jesús lleva ya un rato desmayada sobre el lado derecho. La barba tocando un pecho ya hueco y sin tacto. Los ojos de Jesús, representados por el escultor con el cristal, acaban de entrar en este momento en otro mundo. Presenciamos, estremecidos, un instante de tiniebla eterna, antes de que nos llegue señal alguna de la luz. Pero la luz está en el instante inmediato. Porque la muerte quizás no sea negra sino, como nos dice Unamuno en su poema, sea una muerte blanca y lunar. Cuanto menos queremos mirar estos ojos de Cristo

en el tránsito de la vida a la muerte más los tenemos que mirar. Más los miramos. Estamos en el límite. En la última frontera del dolor.

“Ya entro en la luz”, nos dice Cristo muerto. Y sus ojos errabundos lo corroboran. Como lo corrobora su boca. Esa boca que se ha quedado detenida en la mueca del último suspiro, con el que se ha secado en los labios la última de las Siete Palabras de Jesús:

Pater in manus tuas commendo spiritum deum.

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

CUANDO CRISTO ES LA LUZ, la luz desciende desde el cielo, se detiene en el rostro pero continúa cuerpo abajo, iluminando el mensaje eterno del hombre crucificado. Y con la luz volvemos al poema de Unamuno:

“Abres tus brazos
a la noche, que es negra y muy hermosa,
porque el sol de la vida la ha mirado
con sus ojos de fuego”.

Los brazos, sí, muy abiertos. Los dedos centrales de cada mano contraídos por la presión de los clavos. Manos dulces, las del rey de los judíos. Manos de artista, las del hijo del carpintero. Manos para construir mundos nuevos...

Y brazos como ramas del árbol carnal por los que corre la sangre, en regueros nuevos sobre el rastro seco de regueros anteriores, camino de un cuerpo blanco y cárdeno, ya casi trascendido en luz.

“Blanco tu cuerpo está como el espejo
del padre de la luz, del sol vivífico;
blanco tu cuerpo al modo de la luna
que muerta ronda en torno de su madre,
nuestra cansada vagabunda tierra”

Este es el cuerpo de Cristo. La expresión viva del dolor y el padecimiento. La crispación y el rompimiento sobre los tres terribles clavos del martirio... Lo sabemos bien. No hay consuelo posible. Todo es agitación en el tormento y así lo quiere reflejar Gregorio Fernández, maestro primero de la escuela del sufrimiento humano.

La sangre y las heridas van marcando las fronteras de los territorios del quebranto. El cuerpo entero de Cristo es un mapa del dolor, una región de azotes, golpes, desgarros, llagas, rozaduras, pérdidas... un catálogo completo de la tortura. Incluso sobre la espalda, por el interior del cuerpo vulnerado: lo que no puede verse pero está ahí, como testimonio de todo cuanto ha sucedido antes de llegar a este escenario del Gólgota. La herida del costado es aquí ancha y profunda. El manantial de la sangre de Cristo brota del costado como un río de sacrificio. Hasta las rodillas, rotas en un amasijo de coágulos, quieren dar testimonio de la caída, de la humillación del rey. Abajo, los pies amoratados, la uñas negras que reciben el desmadejamiento del cuerpo hacia su fondo, dan testimonio del tormento completo.

Un viaje doloroso por el cuerpo del hombre que se rompe sólo, por un instante, con el paño de pureza. Una bandera blanca que agita el viento sobre el cuerpo abandonado y desolado del prisionero. Una pincelada de paz en medio de la tragedia. El último contacto protector con el mundo de los vivos...

CUANDO CRISTO ES LA LUZ, es necesario mirar al dolor de frente a frente, para tratar de ver más allá del dolor. Es necesario recordar la voz antigua del profeta Isaías cuando dice:

“Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles; el pueblo asentado en tinieblas vio gran luz; y a los asentados en región de sombra de muerte, Luz les resplandeció”.

Entonces, ahora y siempre.

Vivimos tiempos de tribulación y de sombra. Tiempos complicados en los que resulta difícil mantener la fe en nosotros mismos, porque todas nuestras creencias, nuestros principios, nuestros valores parece que se derrumban, se rinden, que mueren como el crucificado. Dies irae en los que nos parece imposible que el invierno termine de pasar y que llegue de nuevo la luz de la primavera. Pero no es así.

«Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida», les decía Jesús a sus discípulos, según nos cuenta Juan. Y también: “Mientras estoy en el mundo, soy luz del mundo». Y además: «El que camina en tinieblas, no sabe a dónde va”.

En su capilla, tan recogida, del Palacio de Santa Cruz, clavado en su cruz y expuesto sobre un gran paño rojo, el Cristo de la Luz proyecta, si nos fijamos bien, una sutil sombra oscura que sintetiza su martirio en cuatro líneas esenciales. Si sobre la cruz está el hijo de Dios, por más que sus verdugos se empeñen en reducirlo a su condición de hijo del hombre, sobre el lienzo rojo, en la sombra del crucificado, está el hombre con sus tribulaciones. La sombra del conocimiento, que ya nos confundía en la caverna de Platón. La misma metáfora rotunda de Unamuno: la luz lunar del hombre como pálido reflejo de la verdadera luz de Dios.

Carracas y atambores, cánticos y chirimías no pueden confundirnos en el auténtico camino de la Semana Santa que ahora empieza. Sobre la luz de la luna de Nissan está ya naciendo una luna nueva, que es luz en sí misma, y no sólo reflejo de la luz prestada. Es la luz que todos llevamos dentro, tantas veces sin saberlo. Ser conscientes de nuestras propias sombras, sí, pero aspirar siempre a la luz, como nos dice, en su agonía, este Cristo de la claridad al que nunca le faltaron en la historia las luminarias de sus fieles. Una obra, como nos decía Bosarte, *“capaz sola ella de sostener la fama de su autor, aunque no hubiera hecho otra cosa en su vida”*. *“La perla de Gregorio Fernández”*, en palabras de Matías Sangrador.

CUANDO CRISTO ES LA LUZ, “Hijo del Hombre, Humanidad completa en la increada luz que nunca muere”, en palabras de Unamuno, la esperanza permite que regresemos a nuestro origen perpetuo y luminoso. Que seamos capaces de sentir como propia esa luz no usada que brilló para nosotros el primer día de la Creación. Es luz que nos pertenece y a la que los hombres no podemos renunciar.

Mejor que nadie lo dice San Juan: “Mientras tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz».

La procesión:

La Hermandad Universitaria del Santísimo Cristo de la Luz tiene su origen en 1941, siendo rector Cayetano Mergelina. Tras un parón en los años sesenta (dejó en 1965), la procesión se dejó de realizar en 1970, y regresó en la mañana del jueves santo de 1994. Desde entonces, la Hermandad realiza en Jueves Santo la Procesión del Santísimo Cristo de la Luz, portando a hombros esta bella imagen desde el Palacio de Santa Cruz hasta el edificio histórico de la Universidad y la Catedral. Va acompañado de dieciséis cofrades. El desfile comienza con una campana. En ese preciso momento, las puertas de la sede del Rectorado de la Universidad de Valladolid se abrieron y mostraron la imagen de Jesús. Este paso al que le precedió un cortejo que encabezaron una cruz y dos cirios así como el estandarte de la **Hermandad Universitaria del Santísimo Cristo de la Luz**. Algunos descalzos para cumplir con su particular penitencia. Las **tradicionales carracas** marcaron el ritmo que siguieron al son del tambor los cofrades. Ataviados con una **túnica negra y fajín y capirote magentas, con la cruz de Jerusalén estampada en color negro**. En viernes Santo participa en la Procesión General.

El Cristo:

El Cristo de la Luz data de 1630/36 y mide más de 1,70 metros de longitud. Es obra del escultor gallego **Gregorio Fernández**. El realismo barroco y el fuerte expresionismo que también caracterizan a este periodo se convierten en señas de identidad de este estilo en nuestro país, si bien habría que distinguir dos corrientes diferenciadas en este mismo entorno: la Escuela andaluza y la castellana. En ambas se potencia ese realismo antes aludido por medio de técnicas tan singulares como el estofado y el encarnado y se añaden en numerosas ocasiones postizos para reforzar ese acercamiento a lo real. Y en ambas es igualmente característico un dramatismo intenso que mueva a la piedad del creyente, aunque es aquí donde las diferencias entre ambas escuelas queda más patente. Y así, mientras la andaluza resulta de un mayor equilibrio y mesura, la castellana se recrea en el dolor hasta extremos en ocasiones truculentos.

Gregorio Fernández. Escultor gallego, que vive en su formación la efervescencia del barroco pleno que se desarrolla en su lugar de origen, y que con ese bagaje marcha a Castilla donde pronto encuentra una creciente sucesión de encargos. A veces en algunas de sus obras su vena naturalista se complace en exceso en la representación del dolor y la sangre, es capaz de crear una tensión anatómica de enorme realismo e intensidad, maestro en la representación de las diferentes texturas y que trabaja los paños bajo un dinamismo típicamente barroco de grandes dobleces y oquedades.

El *Cristo de la Luz* es un paso de Semana Santa, pues si bien no se concibió originalmente como tal. Gregorio Fernández la ejecutó para la Iglesia de San Benito el Real y es considerada una de sus mejores obras, para algunos mejor incluso que las más renombradas del *Cristo yacente* o la *Piedad*, ambas en este mismo Museo de Valladolid. Se trata de una de sus últimas obras y en ella se aprecia esa doble característica de su autor, que combina la perfección técnica con el dramatismo expresivo de un acentuado pathos.

Originalmente, recibía culto en la iglesia del monasterio de San Benito, pero la Desamortización hizo que pasara a ingresar en los fondos del Museo Provincial de Valladolid. Tras la guerra Civil, se logró que la imagen quedara en depósito en la Capilla Universitaria, conocida y denominada también como "Capilla del Cristo de la Luz". El Historiador Matías Sangrador la definió como "La Perla de Gregorio Fernández". Modelos: el Crucificado del Calvario que graba Hieronymus Wierix sobre dibujo de Maarten de Vos para una serie con escenas de la Pasión, ofrece similitudes con el Cristo de la Luz en detalles significativos como el modo de resolver el paño de pureza. Tras la desamortización, la obra pasa al Museo Nacional de Bellas Artes, posteriormente elevado a la categoría de Nacional de Escultura, a cuyos fondos pertenece, aunque se encuentra depositado desde 1940 en la capilla universitaria del Colegio de Santa